

IDEAS QUE MATAN

INÉS MARGARITA STRANGER

Dramaturga, profesora de la Escuela de Teatro U.C.

Me interesa aportar a este debate sobre la dramaturgia una reflexión que surge de los talleres y cursos de construcción dramática que he tenido ocasión de realizar en estos últimos dos años.

Es interesante situar la reflexión en el contexto académico, porque es ahí donde he podido observar ciertas creencias e ideas que hacen muy difícil el aprendizaje de la escritura dramática.

No me atrevo a conjeturar si las que voy a discutir son ideas propias de nuestro país o si representan un estado general de la cultura; de lo que sí estoy segura es que no siempre se han pensado de este modo las relaciones humanas ni otros importantes aspectos de la vida que se reflejan en el teatro.

En primer lugar, quisiera señalar que el aprendiz de escritor dramático tiene que lidiar con una desconfianza general, presente incluso en el ambiente teatral, del poder comunicativo de las palabras. *Se piensa* que el espectador no querrá escuchar nada porque los personajes no tendrán nada que decirse y se supone que cada vez que se digan algo se estarán necesariamente mintiendo. Que una persona, o en este caso un personaje, exprese claramente una idea y lo haga de buena fe y con toda buena intención de comunicarse resulta imposible de imaginar.



Pero no sólo se niega la posibilidad de que nos comuniquemos a través de las palabras. Una idea, aprendida de la publicidad, que se formula en “una imagen vale más que mil palabras” ha venido a corroer el espíritu de los dramaturgos creando una especie de culpa audiovisual. Esta dicotomía imagen-

palabra se diluye fácilmente cuando nos damos cuenta de que la verdadera imagen es la que se forma en el escenario mental de cada uno de los espectadores en vez de confundirla con la materialidad de lo que llevamos a la escena. Un espectáculo cargado de visualidad no es necesariamente un espectáculo evocativo y por la misma razón, un texto leído en la penumbra puede poblar de imágenes un escenario vacío.

La tragedia griega nos enseñó mucho en este sentido y es bueno volver a los grandes maestros cuando estamos confundidos. ¿Quién no tiene una imagen de Edipo arrancándose los ojos con los alfileres de oro de Yocasta? Sin embargo eso no ocurre nunca en la materialidad de la escena del **Edipo Rey** de Sófocles. Ocurre sí como acción dramática y llega a nosotros por el relato de un testigo, por un texto salpicado de sangre y de horrores, un texto cargado de culpas y de remordimientos. Así, cuando Edipo vuelve al lugar de la acción con sus ojos vaciados, nosotros ya sabemos lo que ha sufrido.

En el teatro la palabra es acción, es imagen,

crea mundos, contiene emociones y sentimientos. En las palabras está el pasado, el recuerdo, la memoria. Sólo a través de las palabras podemos saber cuáles son los sueños de los personajes, cuáles son sus recuerdos, cuáles son sus ideas. A través de las palabras los personajes respiran.

La segunda creencia que atenta contra la escritura dramática es la que niega la posibilidad de que la vida cambie o pueda cambiar para las personas. Vivimos con la sensación de tenerlo todo seguro y las aventuras que antes implicaban un inmenso riesgo personal hoy aparecen desdibujadas. Ya nadie espera las vueltas de la fortuna y si se ha generalizado una adicción por la adivinación no ha sido para consultar asuntos vitales sino, paradójicamente, para asegurar desde lo misterioso lo que ya se ha asegurado con una póliza.

Nuestros representantes en el poder legislativo llegan a las sesiones con los acuerdos tomados, los científicos anuncian con varios meses de anticipación que un volcán va a entrar en actividad, y en los cementerios modernos se hace todo lo posible para disimular la muerte y permitimos seguir viviendo como si no hubiera ningún riesgo en ello.

¿Cuáles son las situaciones en que los hombres y las mujeres se juegan por los grandes asuntos? ¿Existe la posibilidad de que la vida de una persona dé un giro radical? ¿Dónde está aquello que torna la felicidad en desgracia y la desgracia en alegría?

El drama es el lugar de la acción y lo que empuja la acción es el conflicto; pero, ¿cuál es la forma y en qué lugar se expresan hoy los conflictos?

La percepción del material dramático se encuentra obstaculizada porque todos los conflictos se han trivializado. Nada de lo que pase será suficientemente grave como para detener el curso de una vida que se siente completamente definida. Nos hemos hecho horriblemente resistentes al dolor, a la crueldad, a la angustia y parece ser que cada vez son necesarios hechos más horribles para conmover lo que se llama opinión pública. Luego,

vuelve la calma y aparentemente no ha habido ninguna transformación.

El dramaturgo de hoy tiene que aprender a desconfiar de esa calma y a agudizar su mirada para descubrir hacia donde se ha desplazado el conflicto, dónde está aquello que nos deja en el mismo riesgo, en la misma urgencia que obliga a Edipo a encontrar al asesino de Layo. Será necesario tener los ojos muy abiertos.

El tercer obstáculo que tiene que vencer quien quiere escribir teatro es la creencia de que nadie tiene la autoridad necesaria y suficiente para decir lo que piensa, ni menos para asumir una postura definida en relación a los conflictos que nos plantea la realidad. Hay algo así como un complejo "postmoderno" de no querer, o de no poder, abordar los asuntos éticos que se desprenden del material dramático del mundo de hoy. Un temor exagerado a caer en el "teatro de tesis" impide que las ideas se expresen con claridad y hace confundir la objetividad con la ambigüedad.

Es cierto que ya pasaron los tiempos de los compromisos explícitos con las ideologías, pero eso no nos excusa para ser confusos y diletantes en el planteamiento de los problemas. El teatro no es una tribuna política, pero tampoco es la tierra de nadie, donde no haya quién se haga cargo del sentido y de los contenidos de lo que se lleva a la escena.

Es más justo para el espectador que las ideas del autor estén expresadas claramente: eso le permite aceptarlas, compartirlas, rechazarlas o destruirlas. No hay nada que manipule más la libertad ajena que el ser ambiguo e indefinido.

Un autor dramático es siempre un pensador. Toda obra de teatro es una metáfora que contiene una visión del mundo y de la vida. Toda creación responde a una búsqueda sincera de la verdad, aunque esta búsqueda se realice muchas veces a tientas. En este compromiso está la libertad pero también la responsabilidad del creador que no sólo tiene el derecho a expresarse sino que tiene la obligación de hacerlo con claridad.